

EL IMPACTO ALIENADOR DE LAS ORGANIZACIONES BUROCRATICAS SOBRE LA FAMILIA EN LA SOCIEDAD TECNOCRATICA

JUAN LUIS RECIO

RESUMEN

El presente ensayo interpreta la situación de la familia en la sociedad industrial avanzada, primero como una crisis de identidad, es decir, de problemático aprendizaje y síntesis de roles; segundo, como una consecuencia de su menguada "efectividad" o capacidad funcional. La raíz de esta situación de crisis y alienación se encuentra en la acumulación de "efectividad" en los altos niveles de las organizaciones burocráticas —una hipótesis de George C. Benello que elabora y amplifica el autor.

Como reacción al impacto alienador que las citadas organizaciones ejercen sobre la familia, se observa un proceso de resocialización en curso, por el que individuos y familias intentan desarrollar una identidad más comunitaria y "efectiva".

1. La alienación como crisis de identidad social.

Es tan corriente diagnosticar de alienada a nuestra civilización moderna, que con frecuencia se olvida definir con rigor el término alienación. Aún es más frecuente contenerse con descripciones impresionistas de la condición alienada sin inquirir en las raíces estructurales de la misma.

Este ensayo intenta indagar el papel que juegan las dos principales unidades o subsistemas sociales —familia y organización burocrática— en la génesis de la conciencia alienada que caracteriza a nuestro sistema sociocultural global.

La validez de nuestra hipótesis será proporcional al grado de modernidad de la sociedad en cuestión o de alguno de sus sectores, modernidad indicada por el grado de desarrollo urbano-industrial.

Entendemos aquí por **alienación** una crisis de identidad social, producto de una estructura social anómica, principalmente generada por el impacto de las organizaciones burocráticas sobre la vida familiar.

Como se ve, en el mismo concepto de alienación ya está implicada nuestra hipótesis principal, de carácter netamente sociológico, ya que relaciona la evolución de la familia con el funcionamiento de la organización burocrática. El sistema de la personalidad alienada —miembro por lo general de una familia, y simultáneamente, de una organización compleja (empresa, Ejército, Iglesia, escuela, etc.) no es sino la variable intermedia de la explicación que proponemos.

Al definir la alienación como una crisis de identidad social, entendemos por identidad social la suma de los distintos roles o papeles que una persona desempeña en un estadio de su ciclo vital.¹

Visualizar primero la crisis de identidad social del adolescente nos ayudará a comprender mejor la crisis de identidad social del hombre adulto. El adolescente se siente incapaz de satisfacer las exigencias de la sociedad (K. Keniston) porque le acecha una confusión de sus roles y de los valores que les dan sentido. No ve, por ejemplo, sentido a una carrera universitaria ante la perspectiva de un paro masivo

de licenciados y tampoco ve sentido al aprendizaje de un oficio que limitaría sus horizontes intelectuales.

¿Cómo responder a las exigencias de una sociedad que, a través del sistema educativo, le inculca el aprovechamiento máximo de sus capacidades, la maximización del éxito profesional y económico? La indefinición o ambigüedad misma de su posición o status entre la niñez y la edad adulta implica una dificultad, aún mayor que la de la elección de carrera, de satisfacer las exigencias contradictorias que se le plantean por parte de padres, maestros y grupos de amistad.

El individuo adulto de la sociedad urbano-industrial, sometido al rápido ritmo de cambio sociocultural que le es propio, encuentra difícil el aprendizaje incesante de nuevos roles y su integración en la imagen de su yo para obtener un satisfactorio concepto de sí mismo, debido al carácter anómico de la estructura social de ese tipo de sociedad. La consideración de la anomía como una enfermedad de la sociedad moderna no es nueva. Viene de Durkheim. Anomía se opone, según él, a solidaridad social, a comunidad de valores. Anomía es incoherencia de las normas o incluso falta de normas.

El mismo ejemplo de la confusión de roles en el adolescente podría servirnos. Su perplejidad no es un mero problema de conciencia, sino que está arraigada en la estructura misma de la sociedad en que vive y que le propone valores y normas contradictorios. Un ejemplo aún más claro es el de la situación social anómica que lleva a la delincuencia. Según Merton, que perfecciona la teoría de Durkheim, el ciudadano es solicitado, por un lado, por objetivos específicos, por ejemplo, por la norma del consumo intensivo, y, por otro, pero no en la misma medida, por la ética tradicional que señala los medios institucionales legítimos de acceder al consumo.

De ese desequilibrio, resulta la demoralización que provoca conductas a las que la misma sociedad aplicará incluso normas penales. Objetivos y medios no guardan proporción. O, dicho de otra forma, las normas económicas que incitan al consumo y las normas sociales que penalizan el fracaso económico-social del no-consumo tienen un peso mucho mayor que las normas éticas (medios legítimos) que, por así decirlo, a duras penas equilibran su fuerza con las normas de la subcultura delincuente (medios ilegítimos).

También requiere definición el sentido del término "organización burocrática" que usamos en este trabajo. Entendemos por tales las organizaciones complejas, tanto de la esfera pública o estatal como de la privada en las que se estructuran y controlan la mayor parte de las actividades del hombre moderno fuera de las reservadas al círculo estrecho de la vida familiar y de amistad. Nos atenemos aquí al concepto de burocracia, fundamentalmente weberiano, usa-

do por Touraine.² Burocracia en un sistema complejo de funciones jerarquizadas y de medios técnicos y humanos que permiten el progreso de la producción principalmente de bienes económicos o de servicios administrativos. Estos sistemas vienen ante todo caracterizado por su rigidez y su inercia (lo que exige la dedicación de una gran parte de los recursos de la organización al tratamiento de sus problemas internos) así como por la frecuente defensa de las exigencias internas de la organización contra su finalidad externa.

Toda esta aclaración de conceptos ha sido necesaria para precisar el sentido de nuestra hipótesis que ahora reformulamos:

Las organizaciones burocráticas ejercen un impacto alienante sobre la familia en el seno de la sociedad urbano-industrial cuya estructura social tiene un alto grado de anomía. La identidad social del miembro de ambos subsistemas sociales (organización compleja y familia) sufre, a su vez, una crisis a consecuencia de ese impacto, crisis a la que aquí denominamos alienación.

Antes de proceder al desarrollo del núcleo mismo de nuestra hipótesis, echemos una mirada a la situación de la familia en "crisis de cambio" (reservando para el individuo al concepto de crisis de identidad) en el seno de una sociedad urbano-industrial que hemos calificado de anómica. ¿De dónde procede esta crisis? ¿Cómo incide directamente la estructura social anómica sobre la familia de la sociedad urbano-industrial (y, en menor proporción, sobre la familia rural de esa sociedad)?

Ante todo, la crisis procede, 1o) de la dificultad de ajuste (si no de la oposición total) entre los valores que prevalecen en este tipo de sociedad —fundamentalmente instrumentales: de racionalidad o eficacia, que Weber atribuye al capitalismo y a la burocracia— y los específicos de la esfera familiar, fundamentalmente expresivos (protección, amor, confianza) y tradicionales (sumisión a la autoridad fundada en la costumbre); 2o) de la pérdida de la base económica y racional frecuentemente unida a la estructura tradicional del patriarcado (la posesión de un patrimonio y de unas capacidades ocupacionales acumuladas por tradición); 3) de la falta de redes de parentesco que faciliten la integración social o interdependencia familiar y comunal.

Si quisiéramos reducir tan sólo a dos las corrientes de interpretación sociológica más importantes en el estudio del cambio experimentado por la familia en la sociedad industrial, señalaríamos: a) las que escogen como variable independiente el cambio tecnológico (Ogburn) y como variable dependiente la creciente importancia de la familia nuclear o conyugal (frente a la familia extensa) (Parsons) con la consiguiente pérdida de muchas de las funciones que le eran habituales y la asunción de otras nuevas; b) la corriente neomarxista de la Escuela Crítica de

Frankfurt, que pone el acento en el carácter irracional del ejercicio de la autoridad en la familia burguesa, incoherente con la transformación operada en la infraestructura económica de la formación social pre-capitalista o pre-industrial. En una sociedad dominada por la racionalidad económica, la autoridad del padre de familia, fundada en lazos de sangre y en una base económica patrimonial, sólo se sostiene en cuanto actúa como correa de transmisión de las órdenes del capital.

En toda esta larga serie de factores que acabamos de enumerar se encuentran, por tanto, las raíces de la condición anómica de nuestra sociedad y de su crítico impacto sobre la familia y sobre el individuo. De ahí las dificultades de éste en el aprendizaje de nuevos roles y en la asunción de los nuevos valores que orientan la definición normativa de aquellos roles. Se trata, en el fondo, de un problema de desfase o retraso cultural del subsistema familiar respecto del económico, sin duda la variable crucial del proceso de modernización.

2. La heterogeneidad de las funciones familiar y burocrática.

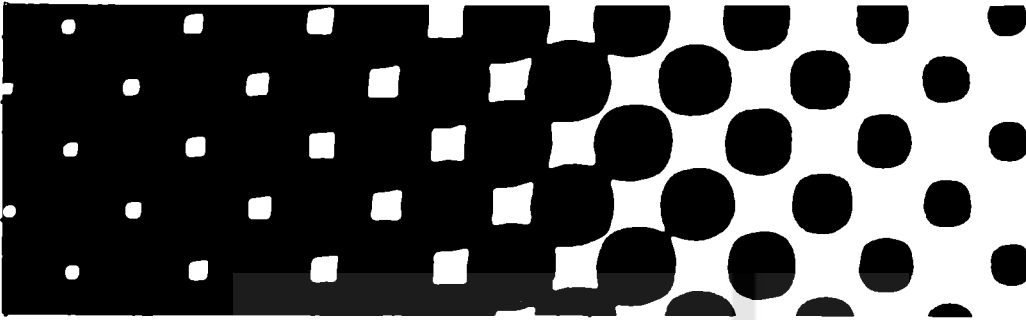
Sabido es que la actitud de Max Weber hacia la burocracia era ambivalente. Como hombre moderno, comprendió genialmente los valores positivos e indispensables de este tipo de organización racional y eficaz. Sin embargo, como hombre liberal, la temía y mostraba su recelo hacia los totalitarismos como sistemas de burocracia total o generalizada. Pero hay otros aspectos en la organización burocrática, netamente disfuncionales, que Weber no señaló. El que la gran organización desanima e incluso hace imposible la participación y el compromiso pleno de la mayoría de sus miembros, siempre reacios a aceptar responsabilidades en un marco impersonal.

La racionalidad formal, que se expresa en la estructura misma de la organización burocrática, exige definir autoritariamente los oficios y roles y segregarlos de los intereses personales, segregación que hace necesaria la disciplina. Esta separación de rol burocrático e interés personal necesariamente limita la autonomía y espontaneidad del individuo y

en particular pone un freno a la dinámica de sus relaciones interpersonales de cooperación.

Aquí es donde justamente se pone de relieve la heterogeneidad funcional, si no verdadera oposición, de burocracia y familia. El éxito pedagógico de ésta se mide por un aprendizaje de roles tal que permita el desarrollo de la espontaneidad creativa y de la cooperación social. No se trata, evidentemente, de una prolongación imposible y regresiva del clima fuertemente emocional en que transcurre en la familia la socialización primaria del niño. Pero la pérdida o el freno a los valores de cooperación, de la que se acusa a la organización burocrática, es un costo social, quizá innecesario, que repercute en el fenómeno tan comprobado de la alienación en el trabajo industrial. Los estudios empíricos siguen demostrando, en la línea de Michels, la preponderancia de las prácticas oligárquicas sobre las democráticas en el seno de la gran organización.

Ahora bien, incluso la misma familia queda debilitada en el marco de la sociedad urbano-industrial, en su capacidad de orientarse y orientar a sus miembros hacia la cooperación con vistas a compensar la disfunción de la gran organización al respecto. No sólo porque se ha visto obligada a ceder muchas de las funciones, en todo o en parte, a las llamadas instituciones primarias o públicas, tales como la economía, la enseñanza, el cuidado de la salud, etc., sino porque su misma estructura nuclear o conyugal, ³ configurada a imagen y semejanza de las necesidades de la sociedad industrial, por su mismo aislamiento estructural, propende a una socialización en valores individualistas, y orienta a sus miembros hacia los valores de éxito, movilidad y competición social, propios de la sociedad capitalista. El control creciente que las citadas instituciones primarias ejerce sobre los roles del individuo —cuyo conjunto constituye su “identidad social” —explica, por una parte, el creciente cultivo de los aspectos intimistas de la vida familiar como mecanismo de compensación, y, por otra, extrema la dependencia del individuo respecto de las instituciones primarias o públicas. Esta dependencia es tal que podría hablarse de una creciente “publicidad” de la identidad social del individuo que conlleva una disminución de su espon-



taneidad y creatividad.

A la fase que atraviesan en la actualidad las sociedades urbano-industriales se le viene llamando tecnocrática, post-industrial, o programada. Creemos que estos calificativos son fundamentalmente coincidentes y, por tanto, nos limitaremos a definir qué entendemos aquí por sociedad tecnocrática.

Para Touraine,⁴ cuya concepción adoptamos plenamente en este punto, los tecnócratas son una nueva clase dominante que se caracteriza, en primer lugar, por el acceso restringido y controlado de sus miembros a sistemas de formación en métodos generales de análisis impartidos en centros académicos exclusivos. Su tarea es la "dirección de los grandes aparatos económicos y políticos que orientan el crecimiento".⁵ Los tecnócratas son, por así decirlo, superiores de los burócratas pero entre ambas categorías difícilmente se da continuidad. "Los tecnócratas no son técnicos, sino dirigentes".⁶ Lo que, en último término, los constituye en clase dominante es, según Touraine la acumulación irracional del poder y la utilización de ese poder en la esfera económica, al menos en parte, "para objetivos que no favorecen la satisfacción de las exigencias sociales: en otras palabras, si los sistemas de inversión y de producción adquieren una relativa opacidad, absorbiendo para sus propios intereses (los de los tecnócratas) una parte, importante de los recursos creados o utilizándolos para fines no económicos".⁷

Por tanto, la sociedad urbano-industrial actual puede con razón denominarse tecnocrática porque a la opacidad y rigidez burocrática de sus grandes organizaciones, hay que sumar la opacidad de la decisión política global, irreductible y superpuesta a la organización burocrática, decisión que se caracteriza por ser en alto grado elitista, arbitraria y antisocial.

3. La alienación como carencia de "efectividad".⁸

Benello ha sintetizado en un excelente artículo buena parte de la bibliografía más importante que se ocupa de la alienación en la sociedad tecnocrática y ha encontrado la clave de la misma en la es-

casez de "efectividad" que resulta del fenómeno burocrático de la gran organización. "La efectividad" es, para Benello, la energía disponible para realizar los objetivos del individuo en la sociedad. . . (y) es generada a través de la interacción personal en condiciones de estabilidad, confianza y fe en las posibilidades de colaboración en metas comunes".⁹ Por supuesto, hablar de energía tiene un sentido metafórico.

Los grupos primarios son normalmente el lugar óptimo de la interacción personal y, por tanto, de la producción de "efectividad". Esto lo expresa Benello diciendo que las asociaciones primarias deben ser funcionalmente relevantes: deben proporcionar al individuo tanto el apoyo afectivo como la oportunidad de iniciar interacción socialmente relevante, es decir, deben ocupar un lugar importante en la sociedad —como unidades o subsistemas iniciadores de interacción social— y en las vidas de sus miembros. Y esto es lo que, a su juicio, ha dejado de hacer la familia, grupo primario por excelencia, en la sociedad dominada por las organizaciones burocráticas a las que aquí también denominaremos organizaciones grandes o complejas.

Benello enumera las siguientes dimensiones de la "efectividad": 1) eficacia causal; 2) autonomía e iniciativa; 3) cooperación; 4) totalidad psíquica o integración de roles —que supone una interpenetración objetiva de los distintos sectores de actividad.

Sus hipótesis —que vienen confirmadas con abundante evidencia empírica son: 1o) que la carencia de "efectividad" tanto en la familia como en la gran organización es un factor decisivo en la orientación hacia el poder y hacia el status que caracteriza a la gran mayoría de los miembros de las organizaciones complejas y de la sociedad tecnocrática cuyas características aquellas determinan; 2o) la raíz de esa carencia de "efectividad" está en la acumulación o concentración de la misma en los altos niveles de la gran organización, supuesto su carácter limitado como el de toda capacidad humana.

En otras palabras: la pérdida de la capacidad funcional de las asociaciones primarias, y entre ellas de la familia —con la resultante atenuación de la ex-

perencia de comunidad— está determinada en último término por una característica estructural de la organización burocrática, a saber, la concentración de recursos y poder en su cima.

Insistimos en el carácter netamente sociológico de la primera hipótesis a la que se ha incorporado una teoría psicológica para lograr un análisis más adecuado, ya que “el sistema de la personalidad humana es una de las principales variables intermedias de cualquier estimación de los efectos que un aspecto de la estructura social tiene sobre otro”.¹⁰ Esta teoría está fundada, en parte, en el estudio de “La personalidad autoritaria”, de Adorno, Fenkel-Brunswik, Levinson y Sanford. La personalidad autoritaria se distingue por su esterilidad afectiva, por su aceptación incuestionada de la autoridad y por su orientación hacia el poder y el status. En dicho estudio se habló que tal estructura de personalidad era frecuente en personas que habían crecido en familias fuertemente jerarquizadas en las que se les había inculcado una obediencia rígida a través de medios coactivos más bien que fomentando en ellas motivaciones intrínsecas.

La hipótesis de Benello implica el que la familia en crisis de transformación en la sociedad industrial, al estar dotada de un bajo grado de “efectividad”, tiende a configurar a sus miembros según los rasgos característicos de la personalidad autoritaria. No es pertinente a la hipótesis el que, de hecho, algunas de esas personas orientadas al poder y al status consigan su objetivo y lleguen así a ocupar los puestos más altos de la jerarquía de la organización burocrática. Lo que la hipótesis afirma es que la gran mayoría de los ciudadanos se conforma marginalmente al sistema orientándose hacia el poder y el status a) como consecuencia de su privación de “efectividad” dentro de las organizaciones burocráticas en que muchos de ellos están encuadrados y b) últimamente, como consecuencia del tipo de educación recibido en familias de escasa “efectividad”.

Recordemos, a título de ilustración, que las teorías psiquiátricas de Karen Horney confluyen parcialmente en el sentido de la hipótesis de “La personalidad autoritaria”. El individuo desarrolla una “ansiedad básica” que nace de una amenaza percibida contra su aceptación social. Uno de los mecanismos neuróticos con que combate esa ansiedad es la “necesidad de poder” que opera de forma compensatoria contra la sensación de debilidad e impotencia, reacción que se asemeja a la sobrecompensación provocada por el sentimiento de inferioridad, según Adler. De parecida manera reaccionan todos los miembros de la familia disminuida en su capacidad funcional.

El círculo se cierra porque la influencia entre organización y familia es recíproca. La organización tecnoburocrática está estructurada de tal modo, que la concentración de poder y “efectividad” en sus ni-

veles superiores conlleva su escasez en los restantes niveles. Estos vienen a ser ocupados por individuos que se ven imposibilitados de integrar sus roles ocupacional y familiar, que es otra manera de decir que sus familias carecen de capacidad funcional. En consecuencia, sus roles familiares pierden importancia para ellos porque en su desempeño no logran un grado suficiente de autonomía al no poder hacer impacto en ninguno de los mayores sectores institucionales, todos ellos dominados por las grandes organizaciones (escuelas, empresas comerciales e industriales, administración pública, Iglesia, etc.). Al contrario, la actividad familiar está múltiplemente condicionada y limitada por las grandes organizaciones de la sociedad tecnocrática que acaparan casi toda la “energía afectiva” disponible. Autonomía, iniciativa y eficacia causal están estrechamente relacionadas.

Sólo son una minoría —los dirigentes de las grandes organizaciones— los que poseen en abundancia estos elementos de la “efectividad” tanto en el desempeño de sus roles organizativos como en su vida familiar y privada. La gran mayoría de la población sufre una penuria más o menos grave de “efectividad”. Paradójicamente, también los dirigentes flaquean en uno de los componentes de la “efectividad”, ya que su cooperación con los niveles inferiores de la gran organización es muy escasa. Por consiguiente, por este capítulo, también podríamos decir que participan de la alienación general en el sentido particular señalado.

4. Para un estudio empírico de la “efectividad”.

Vamos a enumerar una serie de elementos, ítems o indicadores provisionales de las dimensiones distinguidas por Benello en su concepto de “efectividad”, con el ánimo de hacer más comprensibles sus hipótesis y de orientar investigaciones empíricas sobre el tema.

Pero, antes, explicitaremos el postulado teórico que subyace a nuestro estudio, en las huellas del de Benello, postulado que hunde sus raíces en la misma fundación de la sociología como ciencia positiva para el mejoramiento humano. Nuestro estudio parte (como sin duda ya ha quedado patente en las páginas anteriores) de la convicción de que el desarrollo del individuo y del grupo humano tiene como meta la ampliación y maximización de su capacidad de autocontrol y autodeterminación, o en formulación negativa, la disminución o minimización de los factores alienantes o determinantes extrínsecos de su actividad.

a) La “eficacia causal” de un grupo primario se refiere, por tanto, a su capacidad de funcionar como fuente de decisiones que tienen un cierto grado de importancia en la cultura o subcultura del grupo.

Una definición operativa de “eficacia causal”, “autonomía” e “iniciativa” debería incluir, entre

otros, los siguientes ítems para los que habría que buscar indicadores y determinar procedimientos de medida:

– Trabajo extradoméstico de la mujer como medio de realización personal y no por motivación meramente económica.

– Movilidad social ascendente de la familia.

– Participación activa en asociaciones voluntarias.

– Tiempo que pasan los hijos en casa.

– Identificación positiva con el padre como fuente de responsabilidad e iniciativa de los hijos.

– Disposición a diferir gratificaciones, actitud que facilita el éxito económico, evidentemente sólo aplicable a los estratos medios.

– Integración de los roles religioso y profano como fuente de motivaciones ocupacionales.

– Regulación de la natalidad.

– Distribución igualitaria de la renta nacional.

– Acceso no clasista a estudios superiores.

– Subsidio familiar de cuantía considerable.

b) El concepto de “cooperación” dentro del grupo familiar y entre los miembros de distintos grupos primarios se distingue del de autonomía y “eficacia causal”, aunque una misma evidencia empírica podría, en ocasiones, servir para indicar ambos conceptos.

Una definición operativa de “cooperación” debería comprender los siguientes elementos, para los que habría que buscar los indicadores correspondientes:

– Relación “unida” de los roles conyugales, es decir, una relación en que la organización de las actividades de la pareja es más bien conjunta. Marido y mujer desarrollan muchas actividades en común con un mínimo de diferencia de tareas y separación de intereses.

– Estructura conyugal y familiar igualitaria.

– Buen funcionamiento de empresas familiares (agrícolas, artesanales, industriales, etc.).

– Responsabilidad compartida en la educación de los hijos.

– Actividades extradomésticas (formativas, culturales, sociales. . .) de la mujer.

– “Familia extensa relacional” con sentido de obligación recíproca entre sus miembros. Este ítem sólo sería aplicable a los estratos medios, ya que en los inferiores los mecanismos de ayuda mutua sirven a la mera supervivencia. Damos por supuesto el alto grado de “eficacia causal” de las familias de estratos superiores. No debe confundirse la llamada “familia extensa relacional”, que implica un alto grado de independencia y libertad en las relaciones familiares, con la familia extensa tradicional fuertemente jerarquizada y con un fuerte sentido de obliga-

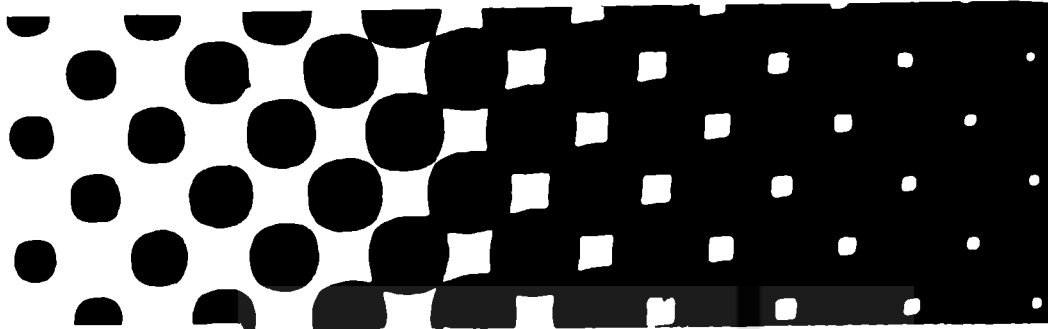
ción, ligada a la necesidad de conservar y transmitir el patrimonio familiar.

c) La “totalidad psíquica” es otro de los componentes del concepto de “efectividad”, según Benello. Dentro de la teoría de los roles, cada persona posee un repertorio de roles, a cada uno de los cuales corresponde una cierta identidad o parcela de la identidad social total. El desempeño consecutivo de variados roles entrafía una tarea de integración de los mismos para que pueda darse a juicio de Keniston y de otros psicólogos, un desarrollo armónico de la personalidad. La carencia patológica de integración bordearía la personalidad múltiple y la esquizofrenia. En un terreno intermedio podría situarse la confusión de roles e identidad y la fragmentación de los roles desempeñados fuera de un contexto significativo para la biografía del individuo.

Al diferenciarse estructuralmente la comunidad en instituciones públicas y privadas, la misma identidad correspondiente al conjunto de roles segregados habría quedado fragmentada. En las sociedades primitivas que aún subsisten, dice Keniston: “las exigencias de la inteligencia, las manos y el corazón están fundidas”. En cambio, en nuestras sociedades, “la vida de la familia es media vida. . . Las instituciones públicas exigen competencia racional y cognitiva —productividad, objetividad, desapasionamiento. . . (mientras que) la familia, las artes, la religión, se convierten en la provincia del resto de la vida— pasión, sentimiento, idealismo, impulso, amor, odio y capricho”.¹¹

El problema de la unidad personal no lo crea la multiplicidad de los roles. Al contrario, las ventajas de acumular roles compensan con creces la tensión que puedan ocasionar, pues proporcionan privilegios, seguridad de “status”, recursos para mejorar el “status” y desempeñar los demás roles al mismo tiempo que enriquecen la personalidad y gratifican el yo.¹² El peligro está en carecer de una agencia central de sentido —tradicionalmente lo fue la comunidad o la familia abierta a una comunidad en la que se fundían las instituciones primarias— que sea capaz de ordenar y jerarquizar esos roles dentro de una visión global de la persona humana y de sus fines en la sociedad.

Keniston detectó esa carencia de totalidad psíquica o integración personal en su estudio sobre la alienación de un grupo de jóvenes norteamericanos. Entre sus síntomas destacaba su desafección o extrañamiento de la sociedad. Entre los síndromes extremos estaban las actividades revolucionarias y las sociopatías criminales. “Sentir que uno verdaderamente pertenece en nuestra sociedad exige una notable capacidad para unificar las distintas fragmentarias pertenecientes en un sentido interno y coherente de comunidad”, dice Keniston.¹³ Faltan los ideales o ideologías unificadoras como consecuencia del ori-



llamamiento de las grandes agencias tradicionales de sentido, forzado por la nueva ordenación de la vida social.

5. La crisis de la capacidad funcional de la familia.

Ante la frecuente desintegración familiar en los países desarrollados habría que especificar con cuidado las condiciones en que la familia realiza satisfactoriamente su función normativa y significativa. El fenómeno de la alienación de amplios sectores de la juventud de esos mismos países apunta a las serias deficiencias con que la familia ejercita esta función normativa e integradora de sentido. Si Berger y Kellner piensan que "la estabilización y estrechamiento de la identidad es funcional en una sociedad en que las mayores instituciones públicas deben insistir en controles de la conducta del individuo",¹⁴ falta por considerar las no menos reales disfunciones que tal estrechamiento de la identidad ha producido y sigue produciendo. De otro modo no asistiríamos a un proceso reactivo de signo inverso del que existe abundante evidencia empírica. Nos referimos al proceso de ampliación o ensanchamiento de la identidad individual y familiar.

Según Benello, la familia moderna sólo realiza con la intensidad requerida la primera de las dos funciones que corresponden a todo grupo primario, a saber, servir de apoyo emocional y jugar un papel importante en la sociedad y en la vida de sus miembros. Ese papel no lo realiza porque su autonomía e iniciativa es muy limitada de cara a las grandes organizaciones. En concreto, la cooperación eficaz de las familias extensas relacionales de las clases medias y bajas es muy limitada, por carecer de recursos.

También compartimos la hipótesis de Benello respecto del papel alienador de la gran organización. Si el hombre actual se orienta hacia el "status" y el poder, esto se debe, sobre todo, a la escasez "efectiva" de la familia y de los niveles bajos y medios de la gran organización, por una parte, y a la "plenitud psíquica" y concentración de poder en los altos niveles de la gran organización, por otra parte. Se trataría, en definitiva, de un mecanismo compensatorio dinamizado por la atracción que ejerce esa misma

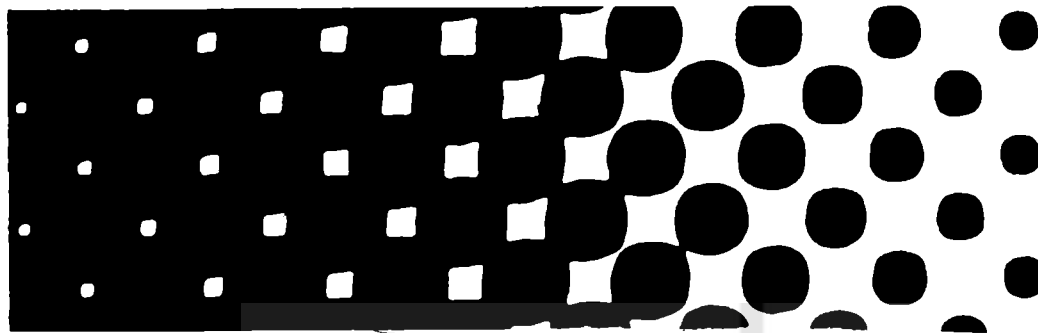
"plenitud psíquica", sólo accesible en la cima de la organización. Sólo sus altos dirigentes pueden integrar "las esferas fundamentales del trabajo, ocio, vida pública y privada".¹⁵ En los niveles medios y bajos de la organización, en cambio, apenas hay posibilidad de integración del trabajo y aún menos posibilidad de integración del trabajo con otras esferas de actividad.

Veamos en algún detalle los mecanismos por los que la gran organización ejerce su función alienadora. La burocratización y centralización propias de la civilización industrial —en el Este como en el Oeste— han privado de eficacia causal propia las actividades de la comunidad local hasta el punto de que las organizaciones económicas controlan indirectamente y a distancia, cuando no directamente y sobre el terreno, las decisiones de las élites locales.¹⁶

La familia, según Ellul, ya está rota y, por tanto, expuesta a la propaganda que ejerce sobre ella la gran organización. Los medios de comunicación, por ejemplo, le ofrecen sucedáneos de interacción personal y amistad.¹⁷

El sentimiento de pertenencia a la empresa, cultivado por las relaciones humanas, supone una renuncia a la iniciativa y no persigue sino la adaptación y el conformismo respecto de la estructura de dominación. El clima de la organización, según Whyte, "ahoga toda iniciativa, toda capacidad de imaginación individual y el valor para servirse de estas facultades contra la opinión de la mayoría".¹⁸ La organización, generalmente, evitará los riesgos que toda innovación implica y preferirá las imperfecciones del statu quo.

La plenitud psíquica en la cima de la gran organización se funda en una concentración de poder y en una estructura de dominación. Son conocidos los estudios que muestran cómo las redes familiares en los estratos superiores coadyuvan en el proceso de integración y concentración económica al tiempo que maximizan las gratificaciones que derivan de la relación familiar. La mayor parte de las familias, en cambio, sufren algún grado de carencia "efectiva", que tratan de "compensar" con orientaciones alienadoras.



6. La orientación hacia el poder y el status.

No es fácil establecer en abstracto la frontera que separa la cima o puestos de alta dirección de la gran organización del resto de los miembros de la misma. Este problema se ha planteado de forma más aguda en los últimos años al ser cada vez más amplios los sectores profesionales y técnicos que exigen participación en las decisiones básicas de sus empresas, que frecuentemente están en contradicción con sus estándares profesionales. El científico, en la gran organización, pierde la autonomía e iniciativa, cualidades indispensables en la investigación científica, al quedar sometido a la supervisión e incluso al capricho de los administradores. El "staff" quiere más reconocimiento y una mayor voz en el control de las empresas.

Toffler, explorador del futuro, anuncia una nueva forma de organización, la "ad-hocracia", que viene a sustituir a la burocracia. El hombre del futuro se sentirá liberado en un nuevo tipo de organización cibernética a la que le ligarán lazos continuamente cambiantes. El tipo de organización adhocrática es el equipo formado para resolver un problema concreto de corto plazo. Estos equipos de trabajo son particularmente frecuentes entre científicos convocados para realizar o diseñar planes y proyectos. Terminado su trabajo, el equipo frecuentemente deja de existir y sus miembros entran a formar parte de nuevos equipos.

La aceleración del cambio social es la raíz de esa nueva flexibilidad organizativa que hace imposible las rigideces de la burocracia clásica y conmueve profundamente los sistemas de autoridad legal-racional. La ad-hocracia exige un alto grado de movilidad y adaptabilidad por parte de los individuos. Entre nosotros, sin embargo, está todavía lejos de haberse generalizado tanto como en otros países industrializados, por las conocidas características de nuestro sistema administrativo y político. La burocracia clásica, sin embargo, seguirá estando por muchos años no sólo con nosotros, sino con todos los países desarrollados, en los que una creciente tasa de ad-hocracia es ya discernible. En consecuencia, la organización burocrática seguirá generando la orientación

hacia el poder y el status de la mayoría de sus miembros.

La antinomia orientación hacia el poder-orientación hacia el amor, ha sido analizada en el contexto del estudio del prejuicio y de la personalidad autoritaria. Numerosos estudios posteriores confirman la tesis de que la privación afectiva durante la temprana infancia es la causa fundamental del desarrollo de la personalidad centrada en el poder. El individuo con un grado notable de prejuicio muestra un exagerado deseo de propiedad haciendo de ella un fin en sí misma. Su ineptitud para las relaciones interpersonales parece ser una consecuencia de deficientes identificaciones en su temprana infancia, en la que no fue objeto de trato individualizado. En cambio el individuo con un bajo nivel de prejuicio se orienta en sus relaciones personales hacia el amor, la afiliación y la realización de valores humanitarios. La estructura del carácter autoritario refleja, según Adorno y sus co-autores,²⁹ los rasgos esenciales de nuestra civilización, en particular la gran importancia de las instituciones y de las ideas de éxito y competencia en las que el niño es primeramente socializado por sus padres.

Según Whyte, en las zonas residenciales americanas predomina la orientación al conformismo, la adaptación al status —que, en parte, coincide con el éxito económico— más bien que a la autonomía, la iniciativa y la cooperación. Tal orientación no hace sino reflejar el ambiente y los valores de la gran organización en que transcurre la jornada laboral del habitante de las zonas residenciales.

Entre nosotros cabe esperar que las pautas familiares de conducta estén seriamente influenciadas no sólo por los valores de la gran organización económica capitalista, como en los Estados Unidos, sino también por los valores de un ambiente político autoritario, con el consiguiente balance de duplicado conformismo y relaciones de dominación-subordinación que, como reacción, deben conducir a una orientación aún más intensa a la competencia por el status y el poder.

7. Hacia una identidad social más comprensiva y comunitaria.

Una crisis de identidad que no acabe en prolongada confusión de roles debe resolverse en la adopción de una nueva identidad.

Como conclusión de este trabajo queremos añadir la hipótesis de que, de hecho, la identidad social del individuo que vive en la sociedad tecnocrática está experimentando un proceso de transformación profunda o re-socialización de la realidad subjetiva, proceso que viene apoyado en "estructuras de plausibilidad" o agrupaciones sociales de tipo comunitario. Estas agrupaciones se van abriendo paso progresivamente a todos los niveles de la organización social. Tal proceso de re-socialización o reeducación del individuo supone, por su parte, un serio esfuerzo por sustraerse al influjo alienador de la ideología tecnocrática dominante y obviamente vendrá iniciado por los menos alienados, por aquéllos que al mismo tiempo, gozan de una estructura grupal más cohesionada y promueven y practican una ideología de cooperación. Sólo estos grupos pueden hacer frente a una ideología tecnocrática que impone la renuncia a una comunicación humana libre, exenta de una dominación que sólo favorece la expansión del poder de control técnico, que, desde luego, queda en manos del tecnócrata.

Adoptar sin crítica la ideología tecnocrática sería una regresión infantil, al no reconocer el ego las posibilidades de autonomía relativa que realmente existen en la sociedad tecnocrática frente a los mecanismos aparentemente inexorables de la gran organización. Sería ceder al miedo, por otra parte comprensible, al uso de la libertad —otra de las raíces de la alienación, según Crozier, en la sociedad tecnoburocrática.

Nuestra hipótesis, optimista sin dejar de ser realista, es que crece rápidamente el número de individuos en búsqueda de una nueva identidad social, ligada a nuevas formas de agrupación y pertenencia, de carácter más comunitario y "comprensivo", es decir, con tendencia a tomar en cuenta en sus actitudes y en su actuación "grupos de referencia" o círculos sociales más amplios — no ligados en exclusividad a su estrato o clase. Creemos, sin embargo, que lo comunitario y lo "comprensivo" constituye dos fases sucesivas en el desarrollo de tales agrupaciones, de manera que una cierta "conciencia de clase" nos parece condición previa e indispensable para alcanzar una visión y una acción social más comprensiva.

Finalmente a pesar de vivir en un mundo en que una gran variedad de ideologías y cosmovisiones compiten en mercado abierto, el hombre del futuro no plasmará una identidad adulta y estable, sino adhiriéndose y comprometiéndose con una de ellas, es decir, desarrollando la "virtud" o capacidad que

Erikson llama fidelidad. La cosmovisión y sistema de valores que él adopte se apoyarán fundamentalmente en su inserción en un grupo y en el rol que desempeñe. Podemos preguntarnos cuál será la agrupación capaz de conciliarse la lealtad de la persona en la sociedad del futuro. De las premisas desarrolladas en este trabajo se desprende que será aquella que le ofrezca la oportunidad de sentirse en comunidad —condición estructural de la identidad—, es decir, en una formación social en que el individuo es aceptado plenamente por lo que es con anterioridad al desempeño más o menos exitoso de un rol; aquella en la que pueda desarrollar con suficiencia esa energía que Benello llama "efectividad" y que se explicita en capacidad de cooperación, eficacia causal, plenitud o totalidad psíquica, iniciativa y autonomía.

Por supuesto, no es preciso que todas las variadas pertenencias del individuo sean igualmente positivas. Parece que el desempeño satisfactorio de un rol dentro de una agrupación basta para que este rol devenga eje unificador de los demás roles y de la personalidad, proporcionándole un grado suficiente de "efectividad". En unos casos esta agrupación será la familia; en otros, la comunidad de fe; en otros, el grupo de trabajo, etcétera. De cualquier modo, ese rol y ese grupo deberán permitir al individuo al reasumir constructivamente todas las identificaciones e imágenes de sí mismo en el pasado y todos los aspectos positivos y negativos de los demás roles que ha desempeñado o desempeña. No se puede desarrollar una identidad más comprensiva, sino a partir de una continuidad entre el pasado y el futuro.

Lo que sí parece cierto es que el futuro de las formas de agrupación pasará por una distribución equitativa de la "efectividad", o, en otras palabras, reclamará algún tipo de autogestión. Como ha escrito Garaudy: "La autogestión, es decir la gestión por la base, no se reduce en modo alguno a un sistema de cooperativas, sino que viene a ser mucho más que eso: una concepción de toda la sociedad, en la que cada individuo se convierte en centro de iniciativas, de creación y de responsabilidad a todos los niveles: economía, política y cultura; una concepción alejada por igual del individualismo y del totalitarismo, fundada, en cuanto a la totalidad de las actividades sociales, en unas comunidades de base"²⁶

NOTAS

1. No entramos en consideraciones de psicología dinámica, sino que creemos más adecuado a nuestros propósitos el aparato conceptual de la teoría psico-social o sociológica llamada "interaccionismo simbólico". Esta corriente de pensamiento distingue en la persona ("self"): la organización de sus actitudes, que se refleja de la organización de las actitudes de los otros ("me"), y la reacción del organismo a las actitudes de los otros ("I"). La "identidad social" es, por tanto, un aspecto de la personalidad, la serie

de los "me", que es reflejo de las actitudes de los otros, la estructura social de la personalidad, producto de una experiencia social, es decir, de la asunción de las actitudes o roles de los otros.

Evidentemente, la personalidad no se agota en la suma de los roles o identidad social. El hombre concreto no se reduce al "homo sociologicus", es decir a su status familiar, profesional, político, etc. Hay en el hombre, junto a los condicionamiento socioculturales, una "razón práctica" que le hace un ser libre y moral, pero que no es objeto de investigación positiva. El ciudadano libre sabrá reaccionar tomando una distancia crítica respecto de sus roles e incluso se empeñará en una transformación de la estructura social yendo a las raíces (intereses, relaciones de producción) que subyacen a la actual diferenciación y distribución de los roles. Cf. Ralf Dahrendorf, *Homo Sociologicus* (Köln und Opladen: Westdeutscher Verlag, 1958, 1964), 62-74.

2. Alain Touraine, *La sociedad post-industrial*, Barcelona; Ariel, 1973, 60-61.
3. Uno de los elementos estructurales de esta familia es la diferenciación de roles según el sexo, que atribuye singular importancia al rol instrumental u ocupacional del marido, base de desigualdad en la pareja y obstáculo para la cooperación familiar. Esta diferenciación se está atenuando considerablemente, sin embargo, en las sociedades urbano-industriales, gracias al creciente acceso de la mujer al trabajo fuera del hogar.
4. Cf. Alain Touraine, *La sociedad industrial*, Ariel, Barcelona, 1973.
5. *Ibidem*, p. 57.
6. *Ibidem*, p. 53
7. *Ibidem*, pp. 51-52
8. Hemos optado por traducir así el término "affectivity" de Benello ya que una traducción más literal como "afectividad" se presta a confusión por la connotación de emotividad y sentimiento, sentido habitual del término en español.
9. George C. Benello: "Wasteland Culture", en *Recent Sociology*, No. 1, editado por H.P. Dritzell (New York: Macmillan, 1969), 263-298.
10. Alex Inkeless: "Personalidad y estructura social", en Talcott Parsons (ed.), *La sociología norteamericana contemporánea* (Buenos Aires: Paidós 1969), 25.
11. Kenneth Keniston: *The Uncommitted* (New York, Harcourt, Brace and World, 1965), p. 249.
12. Sam D. Sieber: "Toward a Theory of Role Accumulation", *American Sociological Review*, 1974, vol 39 (August), No. 4, 567-578.
13. Keniston: *The Uncommitted*, 270.
14. P. Berger and Hansfried Kellner: "Marriage and the Construction of Reality", in *Recent Sociology*, No. 2, ed. by H.P. Dritzell (New York, Macmillan, 1970), 50-72, en 65.
15. Benello: "Wasteland Culture", 267
16. Arthur J. Vidich and Joseph Benaman: *Small Town in Mass Society* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1958).
17. Jacques Ellul: *Propaganda: The Formation of Men's Attitudes* (New York, Random House, A. Vint ge Book, 1973), 84, 175.
18. W.H. Whyte, Jr.: *L'homme de l'organisation* (Paris, Plon., 1959).
19. Adorno et al.; *The Authoritarian Personality* (New York, Harper, 1950).
20. R. Garaudy: "La 'base' en el marxismo y en el cristianismo", *Concilium* (abril, 1975), Núm. 104, p.67.